

Mi momento en la tierra

Primera parte

Valladolid 1943-1957

Mis primeros recuerdos de Valladolid son de cuando vivía en la calle de la Pasión nº 5, al lado de la Plaza Mayor. Teníamos un gato. Era un tercer piso. Al venir al mundo tres hermanos más el piso se hizo pequeño y cuando yo tenía 6 años nos mudamos del centro de la ciudad a las Delicias, a la calle Alejandro Tranque. Ahora se llama calle de Mariano José de Larra, una calle perpendicular a la de las Delicias, y había un lavadero en la esquina de entrada a la calle. El traslado lo hicimos entre otras cosas con la ayuda de una carreta, que empujábamos mi madre, mi hermano mayor y yo. Bueno, yo no empujaba tanto. Teníamos que atravesar el paso de tren que partía la ciudad en dos.

Al otro lado de la calle a donde nos mudamos había un chalet con un pequeño jardín. Alguna que otra vez jugué dentro del jardín, ya que los vecinos tenían un niño de mi edad. Era como adentrarse en un mundo especial. En este piso de las Delicias es donde nació mi hermana. Yo tenía siete años. Me acuerdo muy bien del bautizo, ya que los niños de la calle, incluyéndome yo mismo, desde abajo cantábamos aquello de “padrino roñoso” y el padrino desde el balcón nos tiraba caramelos y creo que también monedas. El parvulario y el primer año escolar lo hice en las Delicias.

A pocos meses de nacer mi hermana nos trasladamos a unos edificios nuevos que habían construido para militares en el paseo Zorrilla y en una calle trasera, casi enfrente del estadio Zorrilla de fútbol. El edificio que había en el paseo de Zorrilla estaba

ocupado por familias de oficiales, y el de detrás, en lo que hoy es calle Emilia Pardo Bazán, por suboficiales. En Nochebuena mi padre a través de la ventana llamaba al vigilante de un depósito militar que había detrás y le invitaba a venir a casa a tomar algo.

Entre ambos edificios había un espacio bastante amplio donde los niños podíamos jugar. En verano, cuando las tardes eran más largas, jugábamos con frecuencia al escondite. Aprovechábamos, además de la cantidad de esquinas en el edificio delantero, la media oscuridad que iba avanzando durante la tarde noche para sencillamente tumbarnos en el suelo y pasar desapercibidos.

Con latas de conserva hacíamos estufas que movíamos, como hacen con el incienso en las iglesias, para que prendiera lo que habíamos colocado dentro. Otro de los juegos favoritos era jugar con chapas de botellas de cerveza en las que poníamos la foto de un jugador, fijada con un cristal tallado a la medida y con material aislante de ventanas o incluso, si era verano, con asfalto de la carretera, ya que era muy blando por el calor. Luego pintábamos un circuito de carreras en el suelo y jugábamos a ver quién llegaba antes al final con su chapa, empujándola con los dedos. Los huesos de albaricoque los limábamos hasta hacer un hueco y podíamos usarlos como silbatos. Las tabas también nos servían como dados. Prácticamente todos los juguetes eran hechos por nosotros. Lo que había en casa era el parchís, el dominó, algún rompecabezas y las cartas. No mucho más. Recuerdo a mi madre apurando las últimas horas antes de Reyes para encontrar algún juguete para cada uno. Luego, pasados los Reyes, los juguetes se guardaban para que no se rompieran y se sacaban en pocas ocasiones.

Los patinetes que hoy se compran para los niños, y que parece que venían de China como una nueva moda en los años 80, ya los hacíamos nosotros con rodamientos de bolas. También hacíamos carretillas para, sentados en ellas, ir empujados por otro niño. En

los juegos de canicas recuerdo que solía ser afortunado. Empezando con dos o tres canicas, al final del juego volvía a casa con un montón. No era de los que coleccionaba cromos, pero sí recuerdo un álbum con animales de África y otro de pájaros exóticos. No recuerdo cómo los coleccionaba, ya que no solía ir al quiosco a comprar golosinas, como hacían otros. Pero sí, al final tenía el álbum completo.

En la época que iba a la catequesis nos solían de vez en cuando regalar un billete para ir al cine. La mayoría de las veces era para las sesiones matinales de los domingos en el teatro Lope de Vega. Ahí y también en el teatro Calderón vi multitud de películas. De títulos solo recuerdo Los tres mosqueteros, El Correo del Zar y El Zorro, todas películas de aventuras. Por lo demás el precio del billete para los matinales era entonces de una peseta. Eso era en el gallinero. Desde la escuela fuimos una vez a visitar una fragua bastante céntrica, pero creo que teníamos que cruzar las vías del tren. Al volver fuimos toda la clase a ver Peter Pan en el teatro Pradera, que estaba en la plaza de Zorrilla a la entrada del Campo Grande.

Distracciones familiares

Una de las distracciones más favoritas era ir de merienda al campo los domingos. Lo hacíamos yendo andando a puntos diferentes de la ciudad donde había un parque, una fuente o algo atractivo donde pasar el día o la tarde. Uno de esos sitios era La Flecha, al otro lado del Pisuerga, pasando el Puente Colgante. No sé lo lejos que estaba, unos cinco kilómetros, pero sí recuerdo que a la vuelta mi hermano mayor y yo teníamos que llevar a cuestas a los dos hermanos más pequeños. De La Flecha me quedan muy buenos recuerdos, pero también un recuerdo triste, y es que un joven se ahogó mientras nadaba y nadie pudo hacer

nada. En aquellos tiempos no había conocimientos de salvamento ni tampoco recursos para salir inmediatamente a la búsqueda. Otro sitio popular era subiendo por La Rubia a una fuente y un pequeño bosque de pinos donde refrescaba y podíamos jugar.

Durante los períodos de otoño e invierno nos solíamos reunir todos los domingos con otras familias paisanas, una vez en casa nuestra y otra vez en la de las otras familias. Nuestros padres pasaban el tiempo jugando a las cartas. A la vez hablaban de la guerra civil o de otros asuntos. “Antes de la guerra” era una expresión que repetían frecuentemente. Parecían estar de acuerdo en que los productos de antes de la guerra eran de mejor calidad que los actuales. Por lo demás quiero recordar que, aunque entendía las palabras que usaban, no siempre entendía el significado completo, es como si hablaran en otra lengua.

Las casas del paseo de Zorrilla eran en gran mayoría de dos pisos. En la primavera y hasta el otoño había multitud de golondrinas. El alero que había entre el primero y el segundo piso era un sitio propicio para nidos. Era un regocijo por las tardes de primavera y verano ver cómo las golondrinas volaban sin cesar. Cuando mi madre venía del mercado pasaba a veces por el Campo Grande y tomaba un par de hojas de laurel. Una vez al año venía una mujer a nuestra casa un par de días o tres a coser y remendar, era como una más de la familia. Así es como entonces se hacían las cosas. Me imagino que iba igualmente a otras casas y así se ganaba la vida.

La Semana Santa era entonces muy importante socialmente. El Domingo de Ramos los niños estrenábamos zapatos y calcetines. El Jueves Santo era un día de recogimiento, no se podía hablar en alto, ni jugar. Por las calles los coches habían dejado de circular y se podía pasear tranquilamente. Toda la familia iba a visitar

iglesias, que por lo demás tenían el altar tapado y daba una impresión muy extraña. La procesión del Viernes Santo solíamos verla desde la calle de Santiago a pocos metros de la plaza de Zorrilla. Los niños llevábamos por la mañana sillas para reservar los puestos para toda la familia, que, contando algún familiar más y otra familia militar que vivía al lado de la calle Santiago, llegábamos a una docena.

Otra de las festividades de la infancia y adolescencia era la Feria de Septiembre en Las Moreras. Toda la familia íbamos paseando por Las Moreras y viendo las atracciones. El tiro con escopeta era uno de mis favoritos. Dicen que es difícil atinar con ellas. Lo que yo hacía era estudiar con el primer tiro cuál era el desvío y así atinar mejor con el segundo o al menos el tercero. Otra cosa que mi hermano mayor y yo hacíamos era ir a la feria por las mañanas y montar en los autos de choque. Por el mismo precio el pase era al menos cinco veces más largo que por las tardes, y además con poca concurrencia, por lo que sí podíamos chocar, pero haciéndolo adrede.

Aunque vivíamos a dos pasos del estadio de Zorrilla en realidad no fuimos ninguna vez a ver fútbol, cosa que tampoco he hecho en el resto de mi vida. Lo más cerca que mi padre estuvo del fútbol es cuando hacía las quinielas cada semana junto con un amigo y paisano. Lo que hacíamos los niños era esperar a que abrieran las puertas del estadio quince minutos antes de finalizar el partido, y entonces entrábamos corriendo a ver el final. Una cosa que recuerdo es cómo la gente salía del estadio de forma ordenada sin algaradas e iba al centro de la ciudad a lo largo del paseo de Zorrilla como en procesión.

Por entonces era frecuente oír a juglares cantar en las esquinas contando historias recientes. Una que recuerdo era el caso de una joven que estaba haciendo el servicio militar en uno de los cuarteles de Valladolid, como si fuera un chico. Cuando se

descubrió que era mujer fue enviada a casa. Entonces se supo que los padres la habían vestido y tratado todo el tiempo como si fuera un niño.

En la época de pesca mi padre me llevaba en bicicleta al río Esgueva a pescar truchas y cangrejos. Yo me dedicaba sobre todo a pescar cangrejos con las manos, cosa que no era difícil. El fondo del río donde íbamos no era profundo, apenas llegaba el agua a las rodillas, y el agua era cristalina. Mi padre también cogía las truchas con las manos. No sé cómo lo hacía, pero lo lograba. Cuando volvíamos a casa teníamos la cena asegurada.

La radio era muy importante para seguir lo que pasaba fuera de casa. Había dos puntos fijos: los partes de las 2,30 y las 10. Por aquel entonces las noticias se llamaban partes, como en la guerra. Mientras se oía el parte había que estar callado. Un fenómeno de sugestión de masas fue la campaña por un hongo que crecía en un recipiente con agua y que luego se podía beber el agua y mejoraba la salud. También mi madre adquirió uno y vimos cómo iba creciendo hasta ocupar todo el recipiente. En la radio se cantaba durante un tiempo “el hongo curará, una vieja muy revieja el hongo se tomó, y al cabo de cuatro días decía papá y mamá”. La moda pasó, pero el recuerdo y la canción quedan.

Después de la comida al menos una vez a la semana se emitía por la radio una serie que se llamaba “el criminal nunca gana”. Mi padre la seguía con mucha atención, y yo también. Otro día de la semana ya por la noche había un concurso en Valladolid donde la gente tenía que salir a buscar la solución a una pregunta de la radio yendo a distintos sitios de la ciudad. Quien luego llegaba primero a la estación de radio con la respuesta ganaba. Durante la emisión informaban de lo que estaba pasando. No recuerdo ningún otro programa similar posteriormente.

Mi pueblo soriano

Cuando hablo de mi pueblo hablo de Caracena, aunque nací en Tarancueña, a cinco kilómetros el uno del otro y unidos o separados, según se vea, por el cañón de Caracena. Al ser yo de constitución débil mi familia me enviaba todos los veranos a Caracena. Normalmente era mi padre quien viajaba conmigo y a veces algún otro hermano. Íbamos en tren de Valladolid a Osma la Rasa y de allí seguíamos andando pasando por Navapalos, Fresno de Caracena y Carrascosa antes de llegar a Caracena. A veces algún familiar había venido a La Rasa a recibirnos y podíamos ir en macho.



En la Rasa al lado de la estación había un bar al que acudíamos antes de iniciar el viaje andando hasta Caracena, unos 20 kilómetros. Hasta hace poco todavía estaba la casa y el bar, cerrado, pero con el nombre “bar” escrito en la fachada lateral. Se me ha quedado en mi memoria porque al entrar apenas se oía hablar a la gente. Solamente susurraban. Cuando entro a bares con gran alarma y voces altas siempre me acuerdo de estos pequeños momentos en La Rasa.

En una ocasión viajé solo desde Valladolid. Al llegar andando desde La Rasa y pasando por Navapalos me encontré a la

entrada del pueblo con un labrador que iba a Carrascosa de Abajo, así que me acompañó en el resto del viaje. Durante el trayecto me hablaba de todo. En un momento me preguntó si creía que Dios era omnipotente. Sin esperar mi respuesta me dijo que no, porque Dios no podía hacer una escalera arriba sin escalera abajo. Qué diría aquel labrador cuando yo como director de un centro de migración en Suecia organicé un concurso fotográfico y la foto ganadora fue una tomada en el metro de Estocolmo con dos escaleras metálicas, donde en una ponía “no bajar” y en la otra “no subir”. Un saludo típico de la época y del lugar cuando llegaba al pueblo era “¡Me cago en Dios!, ¿cuándo has venido?”. Y al marcharme del pueblo era “¡Mecachis! ¿Ya te vas?”. Así era entonces la gente del campo.

Recuerdo que mi tía me daba todos los días un vaso con clara de huevo, lo mismo que ahora venden en botellitas para deportistas. Estoy seguro que esa cura fue muy eficiente. También me hacía de cena una sopa de patatas con leche de cabra, cosa que no hacía con sus propios hijos, por lo que he entendido por uno de mis primos, que aseguraba no haber comido nunca sopa de patatas con leche.

En Caracena, durante los veranos, participaba en todas las tareas que eran propias de los niños. Junto con mis primos iba al campo llevando la comida a quienes estaban segando o haciendo otras labores del campo. Igualmente había que ir a recoger agua en una fuente fuera del pueblo. Era un continuo ir y venir sobre todo de las mujeres con sus mulas y burros. Para subir al pueblo se hacía por un sendero que iba en zigzag, algunos sitios muy estrechos, sobre todo al pasar por la fachada lateral de la primera casa.

En el período de la trilla los niños participábamos sobre todo sentándonos dos en el trillo para tener algo de peso. Después de aventar la paja y guardar el grano en sacos algunas noches un

primo y yo nos quedábamos a dormir en las eras por miedo a que algún vecino robara algún saco de trigo o de otro cereal. Luego la paja la llevábamos a la parte trasera de la casa de mi tío y desde una ventana alta la arrojábamos con las horcas. Una vez lograda cierta altura nos tirábamos al pajar para repartirla por todo el espacio. Otro trabajo que hacíamos era regar la huerta. Íbamos muy de mañana o ya de tarde y abríamos surco tras surco hasta que el agua llegaba al final de cada surco y lo cerrábamos para abrir el siguiente. También íbamos a escardar cuando era llegado el momento. Todos estos trabajos eran muy importantes y liberábamos a los adultos de estas tareas, ya que la siega era bastante agotadora y no les hubiera dado tiempo.

Antes de las fiestas en septiembre y después de las cosechas del campo todo el pueblo se volcaba durante una semana para segar espliego. Por las laderas de los montes íbamos todos con machos, mulas y burros hasta que teníamos una carga suficiente y bajábamos al río donde habían instalado una destiladora a la orilla de las tierras de mi abuela y mis tíos. Algunas veces acompañaba a mi tía a visitar pueblos vecinos y vender fruta, sobre todo peras, que los otros pueblos no tenían. Igualmente venía de vez en cuando a Caracena un vendedor ambulante, que ofrecía algunos productos necesarios en casa. No sé si mi tía pagaba con dinero, pero sí con huevos, cosa que me dejaba perplejo pensando que se podían romper por el camino. Al mercado del Burgo de Osma iban casi todas las mujeres del pueblo el mismo día y en caravana. Lo mismo hacían los hombres cuando iban a comprar vino, ya que también tenían que recorrer un buen número de kilómetros, a Ines sobre todo, y cargar con sus pellejos de vino.

Toda mi familia venía en septiembre para celebrar las fiestas del pueblo. No exagero al decir que la comida de aquellos días era exquisita. Todavía recuerdo su sabor especial. Es lo que tiene la

infancia. No solo íbamos a las fiestas de Caracena, sino también a las de Tarancueña y según el año a otros pueblos cercanos. Lo más típico era el baile en la plaza del pueblo. A mi madre le gustaba mucho la jota y aguantaba como la que más.

Cada dos semanas tocaba hornear pan. Mi tía necesitaba una buena parte del día, ya que eran muchas las hogazas que había que hacer para una familia numerosa. A la vez horneaba al menos un pan de aceite llamado “extendida”, que era dulce y se acababa muy rápido. La primera hogaza, al estar recién horneada, también se acababa pronto.



La casa donde pasaba los veranos se ve al fondo en esta foto, detrás de tres árboles plantados recientemente en lo que llamábamos la Cerrada. En realidad eran dos viviendas, la cuarta y la quinta desde la iglesia, conectadas por dentro, hoy separadas. La mayor parte del tiempo lo pasábamos en la casa de abajo. En la de arriba mi tío usaba la entrada para sus trabajos de carpintería, era también a donde iban la mayoría de los animales de carga. A la puerta de entrada mi tío plantó una parra, de las pocas que hay en el pueblo, y que todavía existe. La parte de atrás era usada de pajar, que los niños nos dedicábamos a rellenar de paja desde una ventana alta una vez hecha la trilla. Las cámaras de arriba se usaban también para guardar el grano y en parte las manzanas, que se mezclaban con el grano como

método de conservación y así duraban más tiempo. Para subir a la cerrada frente a la casa de abajo había un pequeño muro a pie de calle y en una parte del muro había como una entrada con un arco y un par de escalones. En la cerrada era donde mi primo y yo hacíamos nuestras necesidades si no estábamos en el campo.

La electricidad fue llegando despacio a los pueblos. Lo primero fue un alumbrado en las calles con bombillas muy débiles que daban un color amarillo. Dentro de las casas lo normal era usar candiles de cera o de aceite. El agua no llegaría hasta que no colocaron una bomba arriba del pueblo subiendo al castillo, y pusieron una fuente en la plaza y un lavadero en lo que antes era una fragua que había dejado ya de funcionar como tal.

Mi padre, a mitad de los años 50, se trajo la corona de la Virgen del Monte de la ermita de Caracena a Valladolid para que fuera restaurada. Luego hicieron una foto de la virgen con la corona, foto que fue subastada durante la romería. Mi padre, que no tenía voto en el pueblo, se peleó durante mucho tiempo para que hubiera una carretera hasta el pueblo. Creo que no logró verla. La carretera del Burgo de Osma y La Rasa solo llegaba a Carrascosa de Abajo. Luego lo que había no era más que un sendero, que pasaba al lado de las huertas de la vega. Lo bueno del sendero es que a uno de los lados por donde pasaba el cauce del agua de riego crecían las zarzamoras. En la temporada de las moras íbamos comiendo moras todo el camino.



La casa que se ve arriba es la de mis abuelos maternos en Tarancueña, donde yo nací y viví algunos meses antes de trasladarnos a Valladolid. Está a la entrada del pueblo por la parte este viniendo de Caracena por el río, a pocos metros de un pequeño arroyo. Luego esa casa pasó a una sobrina de mi madre y su familia sigue en ella, aunque ahora solo de vacaciones. En mi infancia tenían un pequeño comercio. Uno de mis primos era de mi edad. Ingresó en el seminario del Burgo de Osma, pero a los pocos meses enfermó en el seminario y murió de un fallo cerebral.

Cuando íbamos de Caracena a Tarancueña por el barranco era importante que no bajara mucha agua, ya que había un par de sitios que se hacían difíciles de transitar. El ir por la lastra era más sencillo, pero en días calientes apenas había sombra, aunque en general íbamos siempre muy temprano de un pueblo a otro. Normalmente tardábamos una hora y media. Cuando íbamos en mula o en burro no necesitábamos indicarnos a dónde ir. Se sabían el camino mejor que nosotros.

Mis primeros años de escuela 1950-1955

Mi primera clase la pasé en una escuela de Las Delicias. A mitad del curso nos trasladamos a la zona del paseo de Zorrilla, pero yo seguí yendo a la misma escuela hasta que se acabó el curso.

Recuerdo un incidente con un compañero de otra clase, que igual que yo venía de una zona cercana y nos veíamos por el camino. Un día iba muy apurado, ya que por entonces la puerta de la escuela se cerraba cuando llegaba la hora. Sacó de mi mochila mi libro de lectura, que no me quiso devolver. Al final lo dejó encima de una piedra para que yo lo recogiera, pero yo ya estaba cerca de la escuela y no me volví. Al salir para casa el libro ya no estaba. Recuerdo que uno de los capítulos era sobre el gigante Polifemo, de la Odisea. Para mí entonces solo era el gigante de un solo ojo. Por suerte el curso ya se estaba acabando, pero el incidente no lo he olvidado nunca.

Mi segunda clase la empecé en una pequeña escuela, que en la puerta ponía “parvulario”, pero había también una clase de primero y segundo. Estaba en la esquina del paseo Zorrilla y la calle del puente Colgante en la acera lateral a la plaza de toros. De ahí también tengo un recuerdo de enfado con un primo mío que estaba haciendo el servicio militar y vivía con nosotros cuando no estaba en el cuartel. Yo tenía preparados en mi pizarra los ejercicios de aritmética que teníamos que presentar al día siguiente. Mi primo los borró para usar la pizarra para sus cuentas. Mi enfado fue mayúsculo. Al poco tiempo continué con la clase segunda en la escuela Ponce de León, que todavía existe.



Con nueve años pasé a la tercera clase. A mitad del año escolar pasé de la tercera clase a la cuarta, con buenas notas. Recuerdo de entonces que los alumnos ocupábamos puestos dependiendo de nuestras notas. Así que yo estaba en primera fila. Una práctica que yo he entendido más tarde que es perjudicial para mejorar las notas de los alumnos retrasados. También recuerdo que había un compañero de clase que tenía una enfermedad rara y emitía un olor desagradable, algo parecido a resina, pero fuerte. Aunque yo tengo un olfato poco sensible también lo notaba, pero quizás menos que otros. Nadie quería sentarse a su lado, y me tocó a mí, que le acepté como era. Creo que yo fui su único amigo en aquel tiempo. Era frecuente que por cualquier pequeña cosa el maestro nos pedía ponernos en fila india y recibir un golpe en la palma de la mano con la regla. Por suerte eso ya está desterrado de la escuela.

Durante el quinto curso, ese año de 1953, se acababa de publicar el libro Marcelino Pan y Vino. El entonces ministro de educación Joaquín Ruíz Jiménez decidió regalar un ejemplar del libro a un alumno de cada clase, con la condición que primero pasara por todos los compañeros y lo leyeran. El regalo fue para mí, pero claro, cuando llegó a mis manos el libro estaba muy deteriorado. A mitad del año escolar pasé al sexto curso. Era ya 1954.

El maestro de la sexta clase se llamaba Rafael. Era paisano nuestro, esto es, soriano. En la escuela había un sistema de puntos que se iban acumulando según se iban haciendo los deberes o se respondía a preguntas. En una ocasión el maestro dibujó en la pizarra el río Ebro y sus afluentes. Después preguntó si alguno se atrevía a repetir los nombres de los afluentes a espaldas de la pizarra. Lo que estaba en juego eran 25 puntos. Yo levanté la mano, y claro, supe muchos afluentes, pero no todos, así que perdí la apuesta con el maestro. Aun así, recuerdo hasta el día de hoy los afluentes de la margen derecha del Ebro, el Oca,

el Oja, el Najerilla... hasta el Jalón con su afluente el Jiloca. De los demás ríos de España no recuerdo ningún afluente, salvo los afluentes del Duero que pasan por Valladolid, claro.

Recuerdo que uno de esos años mientras iba al Ponce de León hizo mucho frío en invierno. El termómetro llegaba a los 9 grados bajo cero y teníamos que llevar pasamontañas. Al contrario, al principio de verano antes de acabar la escuela, salíamos más pronto de clase, pero era difícil llegar a casa por el calor a pesar de la poca distancia. Al pasar por la plaza de toros no había apenas sombra.

Desde la cuarta clase mis compañeros me dieron el apodo El Águila, que me fue siguiendo hasta el fin de la sexta clase. Mi primera comunión la hice a los nueve años, simplemente porque el traje que usó mi hermano mayor me venía muy grande y tuve que esperar dos años para crecer en el traje, y aun así tuvieron que hacer algún ajuste. La primera comunión se hacía entonces el día de la Ascensión, que por entonces era día festivo y que ese año era el jueves 22 de mayo. Unos días después fuimos de excursión a bañarnos al río. Sin darnos cuenta, al fin del día el sol nos había quemado la espalda. Esto lo sabían mis compañeros de clase que no habían ido a la excursión y en el recreo al día siguiente no dejaban de darme palmas en la espalda, sabiendo que escocía. El acoso escolar lo viví hasta mis últimos días en la escuela, sobre todo en el quinto y sexto curso. Por suerte el acoso escolar no fue a más. Para evitarlo, en el sexto curso entraba a clase cuando ya todos estaban dentro. Incluso tuve que dejar la escuela dos meses antes de que acabara este último curso. Recuerdo que para entonces había acumulado un gran número de puntos más que cualquier otro compañero. Al fin del curso un compañero vino a mi casa para recoger los puntos y dárselos al maestro.

Hubo un episodio triste con un compañero de clase. Vivía en un pueblo cercano y al principio de las vacaciones recibió una patada de caballo en la cabeza. Fuimos varios compañeros a su entierro. Nos llevaron en un camión abierto. Luego pasamos uno a uno por su habitación. Es la primera y última vez que he visto a una persona muerta en su cama antes de llevarlo a enterrar. Inspiraba serenidad. Al volver a Valladolid en el mismo camión lo hacíamos cantando. La pena había sido corta, o más bien era nuestra forma de expresarnos en ese momento. A todos nos impactó.

El sexto era la última clase que había entonces en el Ponce de León. Mi padre había decidido que fuera al seminario diocesano, pero también decidió que me preparara en una escuela regentada por monjas que había a unos metros detrás de la iglesia de Santa María de la Antigua. No hubiera hecho falta empezar un nuevo curso, ya que tenía 11 años, que era la edad permitida para empezar en el seminario. Así que del par de años escolares que gané yendo dos clases en un solo año escolar, el 3º-4º y el 5º-6º, perdí luego uno.

Por suerte, para ir a la nueva escuela, que estaba relativamente lejos de donde yo vivía, el ejército acababa de instaurar un servicio de autobuses para los familiares de militares, desde nuestra casa hasta la plaza de Zorrilla. No tenía otras paradas, salvo el hospital militar, que estaba a medio camino. Era lo que hoy llamamos una lanzadera. Aún quedaba un tramo hasta la escuela, pero facilitaba las cosas. Montar en autobús era una odisea. No se cerraban las puertas, ya que muchos íbamos en pie y la gente iba colgada literalmente fuera. No recuerdo ningún accidente, creo que era porque apenas había tráfico y el autobús iba despacio.

La apicultura

Mi padre tenía en general las tardes libres. De ahí que intentara encontrar alguna forma de mejorar la economía de la familia. Durante un tiempo se dedicó a vender pescado por los pueblos de alrededor de Valladolid. Compró una furgoneta, y con la ayuda de un primo mío que estaba haciendo la mili se recorrían los pueblos. Solía alardear de lo bueno que era conduciendo al pasar por calles muy estrechas. Después de un tiempo lo dejó. Seguramente el rendimiento era bajo.

Con la ayuda de un paisano, que era carpintero, mi padre empezó a construir colmenas. Todo el proceso lo hacían juntos por las tardes, la colmena como tal, los panales, que los traspasaban con una cuerda metálica para luego colocar en ellos una plancha de cera. Luego encontró mi padre un sitio donde colocarlas, a siete kilómetros al este de Valladolid. Cada año mejoraba la producción de miel. Cuando íbamos toda la familia a visitar el lugar, mi hermano mayor y yo llevábamos a otro hermano en nuestras bicicletas y mi padre llevaba en la moto a mi madre y a los dos hermanos pequeños. Esto hoy ya no se puede hacer. Una vecina sufría algún dolor que decían las abejas podían curar con sus pinchazos. Así que cuando mi padre traía algunos panales para extraer la miel la vecina venía a casa y se dejaba colocar en los brazos algunas abejas, que habían acompañado a los panales de miel, para que la pincharan.

Al trasladarnos a Valencia mi padre también trasladó las colmenas, pero no tuvo la misma suerte. Parte de los enjambres se malograron por el transporte de Valladolid a Valencia. Luego tampoco encontró mi padre un terreno igual de propicio para que las abejas encontraran flores alrededor. Con un nuevo traslado por trabajo a Barcelona desistió de llevarlas consigo. Eso sí, siguió participando en reuniones con apicultores del lugar. Yo también le acompañé alguna vez. Resultado de eso fue que

conocí a una persona muy interesante, que incluso me ayudó a aprender a fotografiar y a revelar, además de que de vez en cuando me llevaba al ateneo, donde él era miembro.

El Frente de Juventudes 1951-1955

Muchos seguramente se avergüenzan de haber sido miembros del Frente de Juventudes o de la Falange. En mi caso no hay por qué. Es lo que había entonces en Valladolid en cuanto a ocio infantil y juvenil. Ciertamente mi padre era militar, pero eso no condicionó mi vida personal. Incluso fui objetor de conciencia más tarde, una vez en Suecia, el primer objetor de conciencia en España por otros motivos que religiosos.

Mi hermano mayor y yo solíamos ir juntos a las actividades del frente de juventudes, que en su mayor parte eran marchas los fines de semana a distintos puntos de fuera de la ciudad. También participábamos en el centro deportivo que había junto al Puente Mayor pasadas Las Moreras, donde había una piscina que entonces me pareció grande, y donde aprendí a nadar. Otras actividades se hacían en un edificio de varios pisos de la calle de Panaderos. Recuerdo que tuvimos un concurso de damas justo antes de ir al seminario y que yo gané. El premio no lo pude recoger. Visto por el retrovisor se me antoja muy absurdo el hecho que el día de la madre en mayo los niños fueran a entregar flores a las mujeres de los mandamases de la ciudad.

En los veranos íbamos a campamentos. Estuve un mes en un campamento en la ladera del lago de Sanabria, Zamora, y otro en Laredo, Santander. Eran campamentos muy diferentes. Al lago creo que solo fuimos una vez. Lo veíamos desde el campamento, pero había que andar bastante para bajar y acercarnos a la otra parte del lago, que era la que tenía una pequeña playa por entonces. Visitamos el pueblo de San Martín de Castañeda, que

estaba más arriba del campamento, donde una persona mayor nos contaba algunas de las leyendas del lago, tan vivamente que nos las creíamos. Para mí fue una experiencia que llevo conmigo toda la vida. Lo mismo en Laredo al año siguiente, donde el campamento era una casona aislada junto a una playa muy pequeña, solo para nosotros. En la pleamar desaparecía la playa. En días tormentosos las olas subían 3 o 4 metros por el acantilado. Era un espectáculo. Visitamos Santander, donde en el centro aún había ruinas del gran incendio de 1941, y estábamos en 1952. Yo entonces creí que las ruinas eran por la guerra civil. Me impresionó mucho. Del puerto pesquero de Santander me queda también un recuerdo de un olor muy fuerte a pescado, que no lo he vuelto a revivir en otro sitio. Estando en el campamento de Laredo hicimos una excursión a Santillana del Mar y visitamos la cueva de Altamira. Había que bajar por un hueco bastante pequeño. Estoy contento de haber visitado la cueva entonces, ya que ahora es casi imposible.

El último viaje con el Frente de Juventudes fue para un curso de una semana o dos en Anoeta, a las afueras de San Sebastián. Ahí teníamos que estudiar los principios de la Falange. Por suerte el intento de adoctrinamiento se quedó en nada. Se trataba solo de memorizar lo que se parecía a un catecismo. Lo que sí recuerdo, a pesar de mi corta edad, es que muchas de las frases eran una chorrada. Recuerdo una que decía “ser español es lo más grande que se puede ser en el mundo”. Esa frase me ayudó a apreciar las diferencias con otros pueblos, y los motivos de orgullo que todos pueden tener por su origen, al revés de lo que la Falange pretendía. Últimamente se escucha a los hinchas cantar “yo soy español, español, español” repetidas veces, hasta que se cansan. No encuentro una expresión más vacía. Necesitaríamos hoy un poeta que encontrara una frase con sentido y que muchos pudiéramos usar para momentos de alegría general.

El seminario 1955-1962

Después del verano de 1955 era hora de ingresar en el seminario diocesano. En aquel entonces eran los padres quienes decidían nuestra educación. Aun así, yo me encontraba a gusto y pasé varios años en seminarios, primero en Valladolid, luego en Valencia y finalmente en el Burgo de Osma. Del primer año en Valladolid recuerdo que teníamos que llevar nuestro propio colchón. Nos mudábamos de ropa los domingos y la mayoría de los padres nos visitaban y se llevaban la colada. Dormíamos en un dormitorio con unas cuarenta camas en cuatro o cinco filas. Para mudarnos y ponernos el pijama apagaban las luces un momento. Para hacer nuestras necesidades había letrinas en el patio. No era muy higiénico, pero la modernidad no había llegado todavía. El seminario viejo estaba situado donde ahora está el hospital clínico.



Durante el segundo curso nos trasladamos a un edificio completamente nuevo, al otro lado del Pisuerga, cruzando por el Puente Mayor. Los dormitorios tenían pequeños espacios delimitados con mamparas fijas entre las camas, para permitir algo de intimidad. Aun así era difícil orientarse por la noche si uno iba al aseo. Aquí ya no había letrinas. Un compañero tuvo la mala suerte al volver del aseo de meterse en la cama de su

compañero de al lado. Por la mañana ya estaba despedido del seminario.

En la primavera plantamos en grupos de dos alumnos un árbol en el jardín frente a la entrada del nuevo seminario. Cuando salíamos de paseo íbamos siempre de dos en dos. Recuerdo que tanto yo como otros compañeros nos teníamos que parar de vez en cuando para atarnos las cuerdas de los zapatos. La sotana rozaba los zapatos. No habíamos aprendido que, si solo hacíamos un lazo, este se desataba fácilmente al roce de la sotana. Tardé varios años en aprender lo sencillo que es tener los zapatos atados si se hace un doble lazo.

Nuestro profesor de música era incluso compositor, sobre todo de música sacra, pero también le gustaban los cantos populares. Recuerdo una canción que decía

Tienes unos ojos niña como ruedas de molino

Que muelen los corazones como granitos de trigo

En el lavadero te he visto lavar y me pareciste sirena del mar

En el lavadero te he visto lavar

La cantábamos incluso a dos voces, donde un grupo empezaba primero y otro le seguía con otra melodía. En un balneario en Cofrentes cuando volví a España volví a escuchar la canción por jóvenes leonesas.

Al trasladarse mi familia a Valencia en 1957 me cambié al seminario de Valencia en Moncada, que estaba en construcción permanente, el primer pabellón para las clases inferiores ya acabado, hasta completar tres pabellones con pabellones que comunicaban entre ellos, tanto en el medio, donde había entre otras un refectorio, como al principio de los tres pabellones, donde en el del medio se construyó la iglesia, una iglesia muy suntuosa con pilares de mármol, o así me pareció. En Moncada

estudié cuatro años, del curso tercero al sexto. En la mayoría de seminarios se estudiaba cinco años lo mismo que en los institutos, y luego tres años de filosofía. En Valencia eran seis años de estudios generales y dos años de filosofía, antes de empezar con teología.



Para mí el paso por Valencia fue muy productivo en mi aprendizaje. Tengo buenos recuerdos tanto de los profesores como de las actividades que realizábamos.

Una pequeña anécdota fue cuando el profesor de inglés no podía entender cómo un alumno al que le costaba mucho aprender la lengua sin embargo tenía una pronunciación excelente. Tras preguntarle el profesor supimos que había vivido los tres primeros años de su infancia en las Filipinas y allí hablaban inglés en su familia. Un buen ejemplo de que una primera lengua, aunque se pueda perder, algo queda de ella. Un compañero y yo aprovechábamos los descansos en los que no hacíamos deporte para hablar inglés entre nosotros. Las conversaciones en inglés duraron hasta que dejé Valencia. También hacíamos planes de poder estudiar filosofía en Lovaina. El seminario enviaba cada año un par de alumnos.

Todas las mañanas, antes de ducharnos, salíamos al patio y durante media hora hacíamos ejercicios de gimnasia. Después,

algunos como yo íbamos a la piscina, incluso en invierno. Recuerdo que el agua de la piscina se iba deteriorando con el paso de los días. En aquel entonces había que vaciar la piscina cuando el agua estaba sucia, pero en invierno se hacía con menos frecuencia. Uno de mis deportes favoritos era el baloncesto, donde sí sabía regatear y meter el balón en la canasta. No era bueno jugando al fútbol, pero logré señalarme como portero.

Los domingos nos despertábamos con música clásica que sonaba por los altavoces en todos los corredores durante una media hora. En noviembre de 1960 nos llegó la noticia de que John Kennedy había ganado las elecciones americanas. Era como si nosotros también las hubiéramos ganado.

En el sexto curso nos tocaba a uno iniciar en la capilla el rezo del Padre Nuestro. El Concilio Vaticano II ya estaba anunciado, pero aún quedaba un año o dos para que empezara. A mí se me ocurrió modernizar el texto del Padre Nuestro. El texto era:

“Padre nuestro que estás en los cielos/santificado sea el tu nombre/venga a nos el tu reino/hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo/el pan nuestro de cada día dánosle hoy/...

Yo lo cambié a “Padre nuestro que estás en los cielos.

Santificado sea tu nombre.

Venga a nosotros tu reino.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día.”

Y así con el resto de los anacronismos lingüísticos de la oración, que no eran pocos. Naturalmente solo lo pude hacer una vez, ya que el cura de turno me relevó de inmediato y no me dejó continuar leer el Padre Nuestro en alto el resto de la semana. Ahora sabemos que después del Concilio Vaticano II el Padre Nuestro se modernizó más o menos tal como yo ya había hecho

en esa única ocasión. El nuevo texto tardó más de 27 años en implementarse desde que yo me atreví a modernizarlo.

Otra anécdota la protagonicé en el curso de historia. Por lo visto teníamos que haber leído ciertas páginas del libro. El profesor me preguntó directamente si había leído la página siguiente a las que teníamos de lección. Mi respuesta espontánea fue “no, que yo sepa no”, lo que motivó una carcajada alegre de mis compañeros.

El seminario tenía una biblioteca que estaba bien surtida, sobre todo de clásicos de la literatura española. Los alumnos de filosofía tenían el encargo de regentarla. Yo ya desde el sexto empecé a interesarme por el cuidado de la biblioteca, y entre otras cosas me dedicaba a recolocar los libros leídos. En este último año en Moncada me leí prácticamente todas las obras de teatro de Lope de Vega que había en la biblioteca. Creo que fue ahí donde mi interés por las bibliotecas se afianzó. Para fin de curso teníamos unos exámenes muy exigentes. Al curso siguiente pasaríamos a filosofía. A la puerta de mi habitación se montó una pequeña cola con compañeros que tenían preguntas que hacerme sobre aritmética, física o sobre comprensión de textos.

Había muchos compañeros que eran aficionados a la pintura. Decidieron hacer una exposición de pintura y a mí se me ocurrió que uno de mis compañeros que era muy buen amigo me hiciera un retrato de tamaño natural, sentado y con el atuendo de seminarista. Fue naturalmente un éxito y acaparó la mirada de todos. Tengo la imagen grabada en mi mente, aunque ya no tengo el cuadro.

Una semana tocaba ir a un pueblo a ayudar al cura y dar al menos un sermón. Yo la pasé en Cocentaina donde la maestra y su hermana eran de Caracena y me acogieron en su casa. Ambas eran unas mujeres muy religiosas. Todos los días iban a misa. Fue

una experiencia interesante. Hacía fresco y la gente iba con una manta encima, como un poncho sin serlo. Todos se saludaban al verse por la calle. Del sermón solo recuerdo que salió bien.

Después del sexto curso tocaba empezar con los estudios de filosofía. Pero a la vez mi familia volvió a trasladarse, esta vez a Barcelona. Yo por algún motivo que no parece fuera racional decidí seguir los estudios en el Burgo de Osma, en vez de quedarme en Valencia o ir a Barcelona con mi familia. En El Burgo pasé directamente al segundo de filosofía, completando algún curso de primero que consideraron importante. Realmente me gustó pasar esa etapa y conocer un poco la austeridad castellana y las diferencias regionales. De todos modos, solo estuve un año ya que al acabar el curso decidí dejar el seminario para siempre y asentarme en Barcelona con el resto de la familia. Tampoco pasé desapercibido en ese corto tiempo. Mi curiosidad hizo que publicara un par o tres números de una revista mimeografiada dirigida por mí, con la participación de algún compañero. Pequeñas noticias, algo sobre pueblos de la provincia de Soria, y algo sobre política incluso internacional. Recuerdo que sin saber mucho del tema me atreví a escribir sobre Patricio Lumumba y la secesión de Katanga, que era entonces actual. En el refectorio tocaba a un alumno dar una charla mientras los demás comían. El tema era libre, pero había una condición: no se podía leer el texto. Yo me preparé lo que pude, pero la memoria no era mi fuerte. En cuanto saqué mis páginas con anotaciones el profesor me pidió bajar del púlpito.

La Navidad durante mi curso en El Burgo la pasé en Caracena. Nunca antes había visto la ribera con árboles sin hojas. Una cosa era saber que las hojas caían en invierno, y se veía en los árboles de la ciudad, y otra ver toda la ribera con los árboles desnudos. Lo bueno de vivir en el campo es que realmente se ven las diferencias entre estaciones. Como en Nochebuena iba a haber

una misa en el pueblo me ofrecí a crear un coro con las mozas del pueblo para cantar villancicos. Nos reuníamos en casa de la maestra y creo que todos quedaron contentos del resultado.

Tres seminarios diferentes, tres formas de vivir. Los tres me enseñaron algo, y creo que me formaron en lo que fui después. Puesta la vista atrás es un error separar a los niños de sus padres y hermanos durante tanto tiempo.

Valencia 1957-1961

Al ascender mi padre de sargento a brigada no podía seguir en Valladolid. Había que buscar plaza y encontró una en Valencia. Estuvo varios meses buscando vivienda. Las vecinas de Valladolid ya estaban diciendo a mi madre que mi padre nos había abandonado. Mi madre estuvo a punto de creérselo. Lo que hacen las malas lenguas. Al fin llegó el momento de mudarnos. Recuerdo que tomamos un tren de Valladolid a Calatayud y pasamos una noche en una posada. Hacía un calor exhausto y solo teníamos una habitación con dos camas, la una para mi madre y mi hermana y la otra para los cuatro hermanos.

Al visitar la casa en la que íbamos a vivir, mi madre que sufría de reuma notó en seguida que la vivienda era demasiado húmeda y tuvimos que buscar otro piso. La vivienda que nos habían ofrecido estaba en el paseo de la Alameda, al lado del río. Tuvimos suerte en no mudarlos allí, ya que a los tres meses vino la gran riada de Valencia el 14 de octubre de 1957. Supimos que algunos tuvieron que hacer agujero en el techo para subirse al piso de otro vecino y salvarse así de las aguas. La riada hizo que el centro de la ciudad estuviera paralizado durante una semana. Soldados de distintos sitios de España tuvieron que venir para retirar el barro. Por entonces no había maquinaria como hoy. A mí me influyó muy poco, ya que estaba en el seminario de

Moncada y allí no llegó la riada. Ese mismo año tuvimos la gripe asiática, que sí me influyó. Al principio parecía que me iba a librar, pero fui uno de los últimos en cogerla, y además con fuerza. Un seminarista de cursos superiores tuvo que estar un par de noches vigilándome hasta que la alta fiebre fue bajando y quedé fuera de peligro.

Los veranos en la ciudad eran muy calientes y húmedos. No nos podíamos ir a dormir hasta pasada la una de la mañana. Nos refrescábamos en la Alameda, donde paseábamos, jugábamos o sencillamente charlábamos con vecinos y amigos. Los domingos de verano solíamos ir a la playa de la Malvarrosa. Nos llevábamos con nosotros la merienda. En la playa había merenderos donde pagábamos por las mesas y las sillas, además de la bebida. Era lo normal entonces. También hacían comida para quienes la pedían.

Una vez mi madre se cayó al tropezar con el bordillo de la calle y se rompió el fémur, por lo que tuvo que estar ingresada más de un mes. La tuvieron que poner un clavo que hizo que anduviera desde entonces con dificultad cojeando un poco. Una prima mía de mi edad vino de Caracena a Valencia a ayudarnos durante este tiempo. Yo me encargaba de hacer las compras para la comida.

Mi primer trabajo

Mi primer trabajo de verano fue con un procurador de los tribunales. Yo tenía entonces 16 años. La oficina estaba a un paso de mi casa y daba al paseo de La Alameda. El trabajo era por las tardes y consistía en hacer varias copias mecanografiadas de las alegaciones que el procurador había escrito durante la mañana. Al empezar el trabajo no sabía escribir a máquina, pero tuve la oportunidad de aprender mecanografía rápidamente con

un libro de ejercicios, que los hacía entre carta y carta, por lo que hoy puedo escribir con todos los dedos y me ha sido muy útil en toda mi vida. Una vez hechos los escritos los repartía por la ciudad. Digamos que hacía también de cartero.

Algún que otro verano hice de profesor para alumnos rezagados que habían suspendido y tenían que volver a repetir los exámenes en septiembre. Una buena parte era para estudios de aritmética. Creo que ayudé a muchos a empezar a entender cómo la aritmética funciona y poder seguir por cuenta propia después, cosa que no aprendían en la escuela. Un verano probé de vendedor de electrodomésticos yendo de casa en casa. Al final lo único que logré fue vender un transistor. Estuve a punto de vender una lavadora, pero el hijo no quería aliviar el trabajo de la madre, así que la devolvieron. Por el transistor no logré ni cobrar la comisión, ya que se repartía entre mi jefe y yo y él se quedó con todo.

Visitaba con frecuencia una biblioteca municipal que estaba entre la entrada principal de la catedral y la iglesia de la Virgen. Las mesas tenían forma de pupitre por los dos lados. Allí se podían colocar libros grandes, cosa que entonces era lo normal. En aquellos años yo era el lector más joven en la biblioteca. Aun no siendo mayor de edad me dejaban entrar al Ateneo Mercantil, en la Plaza Mayor. En una ocasión tenían un festival de música de cine, creo que era además la primera vez que lo hacían. Pude escuchar por primera vez la música de las películas Oklahoma y La Cucaracha, entre otras.

Barcelona 1962-1965

Era tiempo de empezar una nueva etapa en mi vida. Tenía 19 años, pero me sentía como si solo tuviera 16. Después de dejar el seminario del Burgo pasé unos días en Caracena antes de viajar a

Barcelona. Aproveché para ir a una boda en Madruédano, el pueblo de mi abuelo paterno, al que nunca conocí. Mis antepasados Benito más ancestrales eran de Tarancueña desde los años 1650 y siguientes, pero los últimos como mi abuelo paterno eran de Madruédano. Entre medias también algunos antepasados nacieron y vivieron en La Perera. No hay que olvidar que los pueblos de la mayor parte de mis antepasados estaban a unos 5-7 kilómetros el uno del otro. Lo normal era que los hombres al casarse se mudaban al pueblo de la mujer.

Los estudios en seminarios no eran homologados a los de las escuelas generales. Normalmente al dejar el seminario el ministerio de educación restaba un curso. Personalmente mi opinión era y es que los estudios en seminarios eran de mayor calidad. Consciente de que yo no hablaba verdad logré sacar provecho del hecho que había estudiado 6 años de generalidades entre Valladolid y Valencia y dos de filosofía en el Burgo de Osma, aunque esto último solo era un año de estudios. Así pude contabilizar ocho años y me reconocieron siete, suficiente para pasar directamente a lo que entonces era la reválida. Estoy seguro que el instructor sabía que yo intentaba engañarle, pero creo que razonó como yo, que no había motivo para perder un año por unas reglas injustas. Hice los exámenes de la reválida y los de preuniversitario en septiembre. Los pasé ambos, el uno detrás del otro, sin problemas y pude matricularme en la universidad de Barcelona en Humanidades sin perder tiempo. Mi padre consiguió para mí una beca de 9.000 pesetas del ayuntamiento de Barcelona, que renovó cada año hasta que me quedé en Suecia.



La Barcelona de entonces no se parece mucho a la de hoy. Mi experiencia entre 1962 y 1965 es muy positiva. Durante los dos primeros años de estudios, que correspondían a lo que se llamaba los comunes, había una relación muy estrecha entre los compañeros. Íbamos juntos a muchos sitios, sobre todo los fines de semana. Excursiones al campo, a las playas. También nos reuníamos en casa de algún compañero o compañera para estudiar juntos. Una situación absurda era que las clases no duraban más de media hora efectiva. Al cuarto de cada hora por la mañana teníamos una nueva materia, pero el profesor tenía que empezar leyendo en alto los nombres de cada alumno. Había obligación de asistir a clase, pero la forma de control era medievalista, y se perdía un tiempo precioso. Durante la huelga estudiantil de 1964 prácticamente todos los profesores apoyaban a los estudiantes. Entre otras cosas, con algunos de ellos nos reuníamos en su casa, donde nos daban clases mientras el edificio de la universidad estaba cerrado.

En la navidad de 1962 cayó una gran nevada en Barcelona. La nieve en el centro llegaba a unos 60-70 centímetros. Todo quedó parado durante tres días, hasta que poco a poco bajó el nivel y las máquinas quitanieves que vinieron de Andorra empezaron a hacer su trabajo. No había quitanieves en toda la provincia. Después adquirió el ayuntamiento una cantidad de máquinas,

que yo las veía aparcadas en el almacén municipal cerca de mi casa. Como eran días festivos la nieve fue recibida bien por la gente. Yo me di varias vueltas por el centro, aunque con dificultad.

En el tiempo que yo viví en Barcelona los períodos de lluvia eran marzo-abril y septiembre-octubre. Con cierta regularidad la lluvia solía caer entre las 9 y las 10 de la mañana, las 2 y tres del mediodía y las 7 y las 9 de la tarde. Esto hoy ya no ocurre.

Cuando estaba estudiando el segundo curso de comunes recibí a través de un profesor una oferta de la secretaria de Carlos Buigas, el ingeniero de las Fuentes Mágicas de Montjuic, creadas con motivo de la Exposición Internacional de 1929, para un puesto de secretario de relaciones públicas a jornada parcial. En aquel entonces Buigas tenía un proyecto para crear un espectáculo al estilo americano con danzas acuáticas y música. Un par de artículos breves habían salido ya en la prensa, pero hacía falta mucho más para que el proyecto saliera adelante. Fui a visitar a Carlos Buigas en la sala de mando de las fuentes, que me recibió muy amablemente, y estuvimos hablando un buen rato a la vez que me enseñaba el engranaje de las fuentes. Mi petición de sueldo la hice de acuerdo a la propuesta de la secretaria, y era muy módico, pero aun así a Buigas le pareció demasiado y unos días más tarde recibí la noticia de que prescindía de mis servicios. El puesto quedó vacío. El proyecto al fin no se realizó.

Durante estos años también intenté estudiar catalán. Fui a cursos organizados por el Instituto de estudios catalanes dentro de la misma universidad. El instituto como tal tenía sus locales en un edificio de la plaza de la Universidad. Los libros los tenían en paquetes que llenaban todos los espacios posibles.

Como muchos otros, también intenté dar cursos por las tardes para alumnos rezagados. Me ofrecieron un puesto donde en la misma sala tenía como mínimo ocho alumnos a distintos niveles. Después de dos días entendí que eso no era ayudar a los niños. Apenas tenía ocho minutos para cada uno, pero el encargado cobraba a sus padres por una hora o más. Así que lo dejé directamente. Es algo que no olvido. No era como en Valencia donde tenía el tiempo necesario con cada uno en su propia casa.

Veranos en Gales y Dinamarca 1963-1965

Para los veranos busqué trabajo en el extranjero. Por aquel entonces lo más fácil era encontrar trabajo de camarero. Los trámites burocráticos, al ser estudiante, eran fáciles, ya que el trabajo me lo proporcionaba una agencia estudiantil, que me conseguía el lugar y el permiso. El primer y el segundo verano lo pasé en el mismo sitio, en Barry Island, al lado de la ciudad de Barry, a unos 20 kilómetros de Cardiff, la capital de Gales. Había un par de restaurantes junto a la playa regentados por dos familias griegas, que habían optado por cambiar su apellido a Morgan. Éramos cuatro estudiantes españoles de distintas ciudades. Uno de ellos trabajó de cocinero en el restaurante más pequeño y los otros tres éramos camareros. Dormíamos arriba del restaurante. La comida que se servía era típica inglesa e india, fish and chips y carne o pollo con curry, aparte otros platos o del té inglés de media tarde. Aprendí algo importante, y es que cada uno teníamos asignadas cuatro o cinco mesas, sin que eso impidiera que ayudáramos a los otros por ejemplo a recoger o a llevar algún plato a las mesas. Los comensales sabían quién era su camarero. Cuando hoy voy a un restaurante en España al final cuento que me han atendido cuatro o cinco personas. El trabajo no era agobiante, ya que no pasaba de las ocho horas, abrían a las 10 y cerraban a las 6. Eran las horas turísticas efectivas. Por

las noches podíamos trabajar si queríamos en el bar del sótano que tenía una pista de baile. Recuerdo que tenía que balancear la bandeja para llevar las bebidas a las mesas. La música era sobre todo jazz. El cocinero del restaurante y del bar era un paquistaní. Algunas noches nos servía pollo con curry fuerte, como él mismo usaba para sí. El curry que servía en el restaurante era más suave.

El segundo año fui al mismo lugar, pero por lo visto hubo un malentendido en la agencia, y en vez de cuatro éramos ocho. Al final se solucionó, pero yo en vez de servir en el restaurante de la playa lo hice en un pequeño restaurante de la ciudad, en High street, regentado por el hijo de una de las familias. Había que subir unas escaleras al primer piso. Los comensales eran pocos y bastaba con un camarero. Podía ir andando de Barry Island al centro de la ciudad de Barry, pero normalmente iba en autobús. En una ocasión me olvidé de llevar dinero y ya en el autobús constaté que no podía pagar. El conductor no puso ninguna pega a que siguiera el viaje.

La playa era pequeña pero agradable, y el clima bueno, salvo los días que llovía. Había grandes diferencias entre pleamar y bajamar. Después del trabajo solíamos bañarnos, todavía había algo de sol, aunque ya no calentaba. En una ocasión estaba yo solo y la corriente interna me llevaba mar adentro. Apenas podía volver a la playa y por mucho que me empeñaba cada vez me alejaba más. Por suerte pensé que lo mejor era nadar lateralmente hacia uno de los cabos que conformaban la bahía y la playa. Una vez que llegué allí estaba más que exhausto. Volví luego andando hasta el restaurante y me tumbé en la cama sin más, hasta que recuperé las fuerzas.

Los viajes entre España y Gales los hacía en autostop, incluso de noche. En aquellos años era fácil. Incluso te invitaban a su casa si era tarde para seguir. En Londres pasé una noche en el banco de

un parque. Era verano y yo era joven. El segundo año a la salida de París de vuelta a Barcelona me vio una compañera de estudios que conducía un coche y venía también para Barcelona, y me recogió, así que ese viaje fue más fácil. Normalmente ocurre eso solo en las películas.

En una de mis visitas a Cardiff compré un libro en inglés sobre una de las sagas islandesas, *Nial's saga*. También conocí a un español que me habló de Suecia, donde se podía ganar mucho más que en Gales. Las dos cosas me animaron a que buscara trabajo allí el siguiente verano. No había ningún acuerdo estudiantil con Suecia, pero sí con Dinamarca. Allí buscaban estudiantes para ir a granjas. El trabajo era solo para un mes, pero era suficiente para que mi padre me dejara viajar a los países nórdicos. Yo tenía 22 años, pero eso de la mayoría de edad a los 18 era algo relativo.

En el curso universitario de 1964-65 conocí a un par de estudiantes finlandeses que estaban en Barcelona para aprender español. Salíamos con frecuencia juntos y me enseñaron sueco, lo que facilitó mi viaje a Suecia en el verano. Entretanto, en las fiestas de Pascua, viajamos por España desde Barcelona a Málaga y Granada, Madrid y vuelta a Barcelona. Íbamos en un mini Austin. Lamentablemente uno de ellos se puso enfermo poco antes de llegar a Madrid, y desde allí tuvimos que acortar el tiempo del viaje. Un buen recuerdo fue la visita a Granada y a la Alhambra, que por entonces se podía visitar sin hacer colas y sin premura.

Al principio del verano fui a una granja danesa en el pueblo de Øster Højst, en las proximidades de Tønder, a pocos kilómetros de la frontera con Alemania. En ese mes hice trabajos muy variados, pero sobre todo transportar la leche de las vacas a un depósito al fondo de la granja. Pasé de llevar una lechera de 20 litros medio llena y con las dos manos a llevar dos lecheras llenas

una en cada mano. Cada dos días el granjero y su familia iban después del trabajo a visitar a parientes y amigos a veinte kilómetros a la redonda. Siempre me llevaban consigo. Fue una experiencia muy agradable, aunque no entendía mucho de lo que decían en danés. Cosas de la vida, el granjero unos años más tarde se enamoró de una catalana, dejó su familia y se vino a vivir a Barcelona. Lo supe porque una vez que pasé por la granja de vuelta de España me dijeron que la granja estaba abandonada, pero que el granjero estaba entonces allí. Le dejé a la puerta una botella de licor de Montserrat, y la sorpresa es que me llamó por teléfono y me explicó su cambio de vida.

A finales de julio, una vez acabada la práctica en la granja, era hora de viajar a Suecia y Estocolmo.

Continuará, ¿vale?

Miguel Benito

Miguel.benito@taranco.eu

Taranco.eu

2023. Actualizado octubre de 2025.